

‘Son todos los poemas una voz’

En la obra de Pere Gimferrer hay una voz que habla de un universo diferente que hace posible la inspiración y nos llena de emoción exenta de quimeras.

MANUEL QUIROGA CLÉRIGO

PERE GIMFERRER, *PRIMERA Y ÚLTIMA POESÍA*. CÍRCULO DE LECTORES. BARCELONA 2013.

Pere Gimferrer es autor de interesantes poemarios. En el primero de ellos, *Arde el mar*, el mundo se llenaba de emoción y de música. Es una obra de juventud publicada cuando Gimferrer apenas contaba 21 años; obtuvo el Premio Nacional de Poesía. Hay quien dice que entonces sus influencias más directas eran las de Vicente Aleixandre. Es cierto que en aquella época el poeta catalán visitaba al malagueño en su casa de Miraflores de la Sierra y departía frente a ese ventanal que, en un momento dado, Aleixandre abría y exclamaba: “He ahí Castilla”. También se habló de Gimferrer como de una voz propia en la que la poesía era capaz de transformar el momento, cuando el país no estaba para muchos versos. Octavio Paz le había dicho: “Dentro de diez años será usted un hombre joven y dentro de cuarenta un viejo,

pero siempre será, estoy seguro, un poeta joven, un poeta dueño de esa perfección que sólo lo joven tiene”. Han pasado bastantes más de esos cuarenta años y Gimferrer, nacido en 1945, ha reducido a palabra todo su universo. Nos viene a la memoria la *Oda a Venecia ante el mar de los teatros*, del libro citado, publicado en el año 1966, para reafirmar la opinión de Paz. “Tiene el mar su mecánica como el amor sus símbolos”, escribía Gimferrer. Nos hacía ver el cuadro de Canaletto, asomarnos desde el Puente de Rialto, contemplar la maravilla de luz y armonía en las aguas de la laguna véneta. Su reflexión, además, se/nos enriquecía con las maravillas laicas de una creación en la que la belleza tenía sus puntos culminantes.

Con motivo de su nombramiento como socio de honor del Círculo de Lectores llega a nosotros esta especie de antología titulada *Primera y última poesía*, con licencia editorial para Círculo de Lectores por cortesía de Editorial Seix Barral, donde el propio Gimferrer desempeña su trabajo de editor y en la que publican habitualmente sus trabajos. El libro lleva como subtítulo ‘Son todos los poemas una voz’ y, para los elementos de esa literatura tan poco amada por las editoriales como es la poesía, es un verdadero regalo poder degustar casi de un tirón lo más granado de la creación lírica de este autor. *Alma Venus* es su poemario más reciente, el cual venía antecedido por *Rapsodia*. Un solo poema largo dividido en 17 secciones es *Rapsodia* (2011). En esos versos Pere Gimferrer reflexiona en torno al amor y otras experiencias. Y lo hace con todo el bagaje de su madurez y su permanente acercamiento a “la poesía perfección que sólo lo joven tiene”. Hoy Gimferrer es académico y ocupa el sillón que fuera del nobel Vicente Aleixandre. Pero la frescura de sus versos es similar a la de sus primeras creaciones. Confiesa en la nota preliminar: “En apariencia (y en realidad material, pero sólo en ella) este poema ha sido escrito en seis días...”. Pero luego aclara: “...acaso no sea inútil señalar que la corrección del poema, terminada en primera

instancia el 2 de febrero de 2010, se prolongó luego por lo menos hasta el 6 de julio”. Tenemos pues la certidumbre de que esos versos son producto de sus circunstancias. Una es la inmediatez, o sea, su escritura en corto espacio de tiempo. Otra es la reflexión que hace posible dejar asentada una idea pero tal vez adornándola de nuevos pensamientos o novedosas indagaciones. Eso sucede en otros libros de su autoría como *La muerte en Beverly Hills* (1968) o el más reciente *Tornado* (2008). Esta *Rapsodia* podría ser una verdadera recapitulación del poeta. Sin embargo es cierto que más bien se configura como un punto y seguido en su obra. De todos sus versos y de gran parte de sus ideas se desprende que el poeta sigue teniendo muchas cosas que contar. Podíamos decir que demasiadas. Y el poeta pretende hacerlo. Desea contarlos con esa placidez de quien espera la mañana tras una noche de inspiración y de silencios. Aleixandre explicaba que en mitad del sueño imaginaba sus mejores poemas, que a veces era capaz de reconstruir al despertarse. Es posible que eso les suceda a muchos poetas aunque no lo confiesen. “Se ha desencadenado por la mitad mi vida, / como el pienso del alba se desploma en los sauces: / tiene el tacto de cuero de la noche dormida / y el corazón de hierro del pajar de la sombra”. Así comienza el libro. Precisión y decisión dan paso a imágenes limpias y definitivas. El poeta se va confesando ante una amada ahora cercana y antes en tinieblas. Se lamenta de esos “años sin ver tus ojos en el armario a oscuras” y afirma: “Yo entregué el pedernal de mi vida en tus manos: / una bomba incendiaria en un pomo de flores, / una imagen de arcilla que ha cuajado en la lava”. Es la memoria haciéndose presente para recordar intimidades eternas. Así hasta cumplir los diecisiete poemas que componen el libro, aunque sus temáticas sean diferentes. En ellas hay un hilo sutil que une los versos. Lo hace a través de un ritmo pletórico y unas imágenes vivas. Por ejemplo: “La luz de una campana de titanio / envuelve los viñedos...”. Nos traslada a la naturaleza de su Valpolicella tal vez edén ansiado en horas de meditación. Qué decir de “Es sólo un trozo de

pincel el lago: / un escudo de luz sujeta Mantua”. El mundo latino a sus pies se encuentra en el aire de esa “claridad oscura” dando vida a unos pasos libres y de resonancias clásicas. O cierto espíritu de aventura es capaz de recordar todo el aparato lírico necesario para resucitar juveniles ansias: “Tantos piratas viven el aire...”. Avanzamos ya por el poema V con esas “Campanadas al sol, la luz de Arezzo...” donde se funde la vida con la inmensidad del pretérito. “Pero en este silencio de tambores de hierro colado / –primavera en Arezzo, dije a mis veinte años...”. Así la atmósfera se llena de lugares y personas en una insolución de datos y detalles como es la mención “... tus párpados, el aire de París, / una pupila de color limón”. Hay una musicalidad encadenada, o esa necesidad de hablar del amor casi sin nombrarlo. Así es como se van construyendo las emociones que el lector precisa para ahondar en el poema. Veamos (ya poema VII) “...no podría quejarme de morir / si muriera en el vientre de tu espuma, / cuando el viento del alba es un paypay”. Luego está la sencillez, el recurso a una palabra clara y urgente. Es como si el poeta no quisiera rebuscar expresiones novedosas sino penetrar en lo coloquial y cercano para hacerlo lírico. Entonces aparece el observador que no solo recorre el mundo sino que lo hace suyo y lo encadena con sus ideas: “En el portal del pabellón del día / va con guantes de goma el jardinero / a cosechar la rosa de la muerte...”. Ya en su *Oda* escribía Gimferrer “Las piedras vivas hablan de un recuerdo presente”. Son precisamente esos recuerdos presentes la base de mucho de los poemas de este nuevo libro. El poeta analiza su pasado y nos lo muestra con el valor que tiene lo vivido, es decir, lo superado. “El tiempo tiene un además de rosa” da fin al poema IX. Todo lirismo y fantasía con ese “terciopelo de los ríos” y la sorpresa mimética y armónica: “el otoño pulsa las guitarras”. Álvaro Cunqueiro dejó dicho “Ese amor total por lo total es gran poesía y está en Gimferrer”. Es cierto que en estos versos se renuevan los territorios de la reflexión y la ternura de la memoria. Ya no es solo historia, recordación de nombres y de paisajes. Es

el tiempo haciéndose eternidad en unos versos limpios. La metáfora se hace intensa y aparece una musicalidad expresa en cada recordación: “En la silla de manos de este claro de luna / van los portadores de Watteau. / Es hora de esperar: tiene la noche / un titular de ajuares de Swarowski, / paillette con los ojos quietos de un recental”. Es el arte haciéndose maravilla y retocándose con el brillo del cristal o los confines de hermosos prados. Es que a veces los poetas dan el salto a las nubes de la ensoñación y nos hacen vivir con su ilusión del color y la sinfonía. Después viene la brevedad y la concesión. No hay que dejar de leer el poema XI. Ahí todo es diáfano como ese “viento en los cristales” que nos conduce a largos horizontes y perfectos entusiasmos. Italia se renueva y vitaliza. Igual que regresan los nombres y las miradas. Esos “instantes del discurso” o ese “trajín de máscaras del cielo” son partes de una indagación que va más allá de la soledad y hace posible la renovación de las íntimas presencias. Más allá aparecen determinadas preferencias. Lean, lean: “Góngora vive sólo en las palabras”. Qué más deseará un poeta. Además andan por ahí Calderón o Baudelaire y Rimbaud o Garcilaso. No olvidemos el plasticismo de Matisse o esa “crinolina de la Venus negra / que salvó a Baudelaire”. Poco después Magritte y ese mundo de cristales rotos. Aparece sin embargo una cierta dosis de pesimismo existencial poco razonable. “El tiempo nuestro es ya despedida”. A veces los poetas cargan con esas dosis de negativismo existencial. Muchas veces. Tal vez sea porque ven muy cerca los problemas de este mundo globalizado e inhumano. La pregunta sería qué dejaremos a nuestros hijos y nietos. O mejor: por qué tenemos que soportar a tantos hijos de Satanás que desbaratan nuestra economía o envenenan nuestro entorno. Y que siguen ahí. Oiga. Mejor no dar nombres que todos conocemos, aunque podríamos darlos si preciso fuera. Al final regresan Scherezade a ese “Bagdad con borceguí de llamas” o nos hace vivir “la noche de París que vio Proust”. Sencillemente escribe el poeta: “A cuestras en la noche de colgantes, / llevamos nuestra oferta: todo el ser”. Nada es como parece, como

aquellas corbatas que de lejos simulan un cráneo hueco y de cerca una linda señora. Pere Gimferrer habla de un universo diferente. Es el que hace posible la inspiración y nos lleva a esa *Rapsodia* repleta de emoción y exenta de quimeras.

Y así volvemos al emblemático libro de 1966 titulado *Arde el mar*, del que se ha escrito tanto, que hemos visto incluso incluido en los *Nueve novísimos* de Castellet y que figura como una especie de tema obligatorio en muchas facultadas universitarias o, también, de necesario estudio y recordación para incipientes poetas, críticos literarios, traductores y editores. En él la *Oda a Venecia ante el mar de los teatros*, efectivamente, aún con ese final truncado sin compasión. Estamos ante un poema intenso, repleto de belleza, de vivacidad, de ritmo, de sonidos atemperados, de paisajes profundos, de recuerdos y ausencias, de historia personal y de leyendas cotidianas; a partir de sus versos el mundo parece renovarse, desperezarse, hacerse más intenso. Y ahí sigue la voz del poeta en esos versos rotundos, poco adulterados, vibrantes, musicales: “Es doloroso y dulce / haber dejado atrás la Venecia en que todos / para nuestro castigo fuimos adolescentes / y perseguirnos hoy por las salas vacías / en ronda de jinetes que disuelve un espejo / negando, con su doble, la realidad de este poema”. Pero existen otros versos rotundos en esta misma colección de ellos, como *Sombras en el Vittoriale*, dedicados a Jaime Gil de Biedma o la *Invocación a Ginebra* para José Ángel Valente: “Tiempo destruye a tiempo, voz a voz, hombre a hombre. / Sueño destruye a sueño. / Otro es el mío ahora. / Lejos anduve, todo / quedó al fondo, no sé, marchito, estéril” y aquella leyenda titulada *Primer visión de marzo* dedicada a Octavio Paz: “El mar, como un jilguero, / vivió en las enramadas” y esa joyita, *Puente de Londres* o el preciso *Himno* que iba al excelente poeta, y mejor persona, que fue José Luis Cano: “Oh voluntad de estío en llamas. Muerte, / sobre la mies soy tuyo” y así hasta ir penetrando en aquel universo ilusionado, abierto, consistente.

Lúcido, versos y reflexiones limpios inventando todo un futuro: “Ardía el bosque silenciosamente” leemos al inicio de *El arpa en la cueva*.

Solo dos años después, 1968, Gimferrer da a la imprenta *La muerte en Beverly Hills*, con largos poemas de expresión infinita donde un Gimferrer asentado en el panorama lírico de aquellos tiempos duros insiste en esos poemas intensos, emocionados, a veces patéticos. Las dedicatorias son para Leopoldo María Panero, María Antonia y Luis Goytisolo, Vicente Molina Foix, Ángel González y con una *Elegía* que viene a resolver todas las interrogantes que el mismo poeta había ido acumulando: “Así llega, como un áncora descendiendo entre luminosos arrecifes, / la muerte”.

De *Extraña fruta y otros poemas* (1969) nos quedamos con esa delicia, entre musical y retórica que es *Homenaje a Juan Sebastián Bach*: “En el bosque dan caza a Jesús y a los alces...”. Luego está la *Canción para Billie Holiday*: “No nos dan mermelada ni pastel de cereza / ni el amor ni la muerte extraña fruta que deja un sabor ácido”.

Y volvemos a *Alma Venus* (2012), la última poesía junto a *Rapsodia*. Dedicado a *Cuca*, el poemario *Alma Venus* se divide en dos libros, el primero con el título de la obra, el segundo *Los sentidos en paz con la memoria*. El universo de la reflexión, los entornos de la memoria, las vivencias de los mundos abiertos a todas las invenciones forman parte de estos poemas de una madurez intensa y delicada. Gimferrer al “crear belleza mediante la palabra” no solo descubre los artificios de la mejor expresión poética; también analiza una actualidad palpitante donde el arte, la filosofía y hasta la política descansan en el espacio indagador, y expresivo, de un poeta siempre preocupado por el devenir de su propia especie. “Un mosaico de voces el poema: / son todos los poemas una voz / que murmura palabras maquilladas, / el rimel descornado y afónica la luz, / el oleaje que, al venir, se va”, leemos en el poema X de la primera parte; y en el XII de la segunda: “El vendedor del maletín de niebla, / vacío por su propia plenitud, / custodia los poemas:

son las cáscaras, / la mano de marfil desacertado / que empuña el aldabón, la colegiata / con el trucaje de la sacristía / (en San Giorgio Maggiore, el mármol arde / con la blancura ciega de un teatro / en la crujía del manglar de agua). Son confidencias plenas de los viajes abiertos a cualquier horizonte, historia de culturas diversas, de leyendas intensas. Para Gimferrer todo se convierte en imágenes, en rincones estáticos en los que siempre es posible despertar y lanzar la mirada al infinito.

(“Todo poema tiene un tema sólo: / cómo dice otra cosa la palabra. / Ciego y sereno vive el gavián / en la tiniebla de palabras últimas”). Se confirma su capacidad de descubrir los senderos por los que transita esa meticulosidad para ir hilvanando los pensamientos, convertirlos en versos capaces de modificar toda cotidianidad: “Muerte de Blas de Otero al sol de estío: / la dignidad de la palabra en pie. / Lo demás sobra, sí. Va el tajamar, / muerte adelante, por la poesía; / en claro lleva a proa los ojos del vivir. / Alma Venus: revolución”. Si aquellos eran los primeros versos de Gimferrer que estos, de *Alma Venus*, no sean los últimos.



MANUEL QUIROGA CLÉRIGO ES DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA, Y POETA. AUTOR DE *LAS BATALLAS DE OCTUBRE*.